



Mario Payeras

EL INDIGENA GUATEMALTECO ANTE LA LUCHA ARMADA*

Diciembre es tiempo de naranjas en la sierra. Por esas fechas volvíamos a probar aquél fruto de las zonas civilizadas. Quiénes las llevaron eran indios de los Cuchumatanes, de visita en nuestro campamento. Ellos nos contaron durante algunos días historias inolvidables. Nos hablaron de aldeas remotas de Huehuetenango, donde la gente se alimentaba desde tiempos inmemoriales de los pájaros que agarraba con trampas, debido a la extrema pobreza de la tierra y a la fragmentación sucesiva de la propiedad. Algunos de ellos eran muy viejos y habían oído contar a sus abuelos la historia del despojo y el trabajo forzado de la época de Barrios. El padre de uno de los visitantes había compartido las vicisitudes de los indios que participaron en la construcción del Ferrocarril de Los Altos. Dos jovencitos, de habla mam, se quedaron con nosotros y nos acompañaron el tiempo que tardamos en atravesar la sierra hasta los centros poblados. Eran evangélicos, y grandes cantores, de manera que cuando regresaron a

su tierra, acompañándose con guitarra propagaron la buena nueva de la guerrilla.

Mientras tanto, muchas de las claves que orientaron posteriormente nuestro trabajo de construcción de bases revolucionarias, comenzaron a revelárenos al contacto con aquellos hombres. Principiamos a explicarnos la razón de la alivia indiferencia con que en tantas ocasiones nos habían acogido los habitantes de las zonas indígenas. La barrera del idioma y la desconfianza ancestral hacia los ladinos eran, por cierto, factores que contaban; pero partiendo de estas razones quedaba sin explicar, por ejemplo, nuestra rápida identificación con los líderes ixiles y con otros indígenas que en los últimos meses habíamos conocido. La causa de fondo había que buscarla, como siempre, en la vida material. En recorridos posteriores por la Zona Reina terminamos de explicarnos el fenómeno. Una tarde, meses después, en las gargantas del río Copón encontramos dos nebañejos que portaban

cervatanas. Eran padre e hijo; vivían a una hora de ahí y andaban cazando pájaros. Desde lejos respondieron a nuestro saludo y desaparecieron en el monte. Más tarde oímos los gritos con que la gente de las montañas acostumbra comunicarse. Probablemente se habían separado para revisar las trampas y de esa forma se indicaban mutuamente el derrotero. Al día siguiente encontramos su vivienda. Eran dos o tres ranchos de troncos y techos de palma, negreados en el interior por el hollín de los fogones. En el viejo patio de tierra apisonada, las mujeres, sentadas sobre las piernas, tejían telas de complejos adornos en sus telares de mano, mientras los hombres reparaban el mecanismo de oclusión de una trampa de ardillas. Formaban un numeroso núcleo familiar de autoconsumidores, aislado por muchas horas de camino del mercado más próximo. Los miembros de la generación anterior habían llegado al bosque en busca de tierras, botaron montaña a ambas orillas del río, y a lo largo de los años sentaron

TESTIMONIOS

las bases de la economía autosuficiente que ahora continuaban sus descendientes. Esta se reducía a la producción de maíz y un poco de caña y plátanos alrededor de la casa, y algunos granos y frutas de enredo que se dan entre la milpa. La mayoría de artefactos y enseres que necesitaban los fabricaban ellos mismos. La sal y algún hacha o machete eran los únicos productos que adquirían en el mercado. El dinero para ello lo obtenían de la recolección de mimbre en la montaña de la zona. Esta forma de producir tenía su psicología y simplificaba su visión del mundo. Para ellos, los hombres no se diferenciaban entre sí por su relación con los bienes materiales, sino más bien por la lengua y las costumbres. Con ese pensamiento, los patrones resultaban ser un linaje aparte de hombres, los ladinos. Jamás habían visto una locomotora de vapor ni habían tratado ladinos pobres, pues habitaban comarcas del país donde sólo existen indígenas. La existencia de sólo uno o dos apellidos en aquellas montañas indicaba lo cercano que se hallaban aún de la sociedad gentilicia. Ajenos desde siempre al reino de las mercancías, el dinero tenía para ellos un valor relativo. Conociendo nada más una parte pequeña de la realidad, se extraviaban en lo particular y sólo con dificultad captaban los conceptos generales. De ahí que la guerra les pareciera un fenómeno tan inexplicable e inconveniente como las epidemias de tifus que en el pasado asolaban las aldeas del altiplano.

Pocos días después salimos a las primeras poblaciones. Habíamos llegado por fin a los populosos centros indígenas, con sus complejidades étnicas y sus innumerables caminos. Estábamos en un mundo regido completamente por las leyes mercantiles. Pronto habríamos de descubrir que el principal efecto de estas leyes era la migración anual. La tierra había sido fragmentada por generaciones y se había agotado después de mil cosechas. Obligados a ganar el reducto de las montañas durante la colonización española, los antepasados de los indígenas actuales habían ofrecido una tenaz resistencia cultural a la opresión de que se les hacía objeto, al amparo de la geografía y el aislamiento. Se negaron a hablar la lengua de los conquistadores llegados del otro lado del mar y distorcionaron los ritos católicos, las frecuentes revueltas que protagonizaron en los pueblos ocupados fueron aplastadas a sangre y fuego por las tropas colonialistas. Tras sucesivos despojos de gobiernos y terratenientes, las antiguas tierras comunales asignadas a los pueblos por la Corona se habían reducido a pequeñas extensiones en los alrededores de la cabecera municipal y a unas cuantas cuerdas dispersas por la zona. El ciclo del maíz era casi de un año y requería numerosos jornales, utilizando sistemas de cultivo diversos, en virtud de la variada composición del suelo. Para la gran mayoría, el resultado era por lo general una cose-

cha que apenas les permitía sobrevivir unos cuantos meses. El dinero para comprar el maíz del tiempo restante lo obtenían migrando a las plantaciones de las costas. Allí cortaban café, algodón, caña, y volvían al pueblo para el tiempo de la fiesta, hablando castilla y vestidos como ladinos, tan pobres como habían partido. El tiempo libre lo empleaban practicando alguna artesanía. Trenzaban pita, tejían sombreros, fabricaban cohetes de vara. Muchos de estos oficios, quienes vivían en el pueblo, los hacían por las noches, aprovechando el alumbrado eléctrico de las calles. Durante el período de migración, las aldeas se despoblaban. La rueda, el telar y los instrumentos de labranza permanecían inmóviles en el interior de las viviendas, cerradas durante los meses de ausencia.

Pronto habríamos de experimentar los saludables efectos de este hormiguero humano en la vida de la guerrilla. Para entonces nuestros cuadros clandestinos tenían ya varios meses de trabajar con la población de la zona, gracias a lo cual en los campamentos recibíamos con regularidad cargamentos de viveres. Esta división del trabajo nos permitió disponer de mayor tiempo libre para las charlas políticas y el entrenamiento militar de aquella multitud que entonces llegaba a conocer a la guerrilla. Sin embargo, inexpertos en manejar masas populares, cometimos muchos errores. Financiábamos con demasiada frecuencia necesidades reales o supuestas de diferentes compañeros, generando en la población amiga el interés material. Además, persistimos en la errónea práctica de subordinar la nueva organización a la autoridad de los antiguos líderes, cuando el pensamiento de éstos ya constituía una traba para el desarrollo de la guerra. Pronto habríamos de entender que eran los mismos pobres los que tendrían que financiar la guerra y que los más firmes y lúcidos de ellos eran quienes debían dirigir el resto. Los caminos de la revolución eran innumerables y apenas co-

menzábamos a recorrerlos. Todas nuestras ideas al respecto estaban contenidas en el rudimentario esbozo de estrategia militar que habíamos elaborado durante la marcha. En realidad era más bien una especie de mapa hablado de la guerra, cuya preocupación central iba dirigida a explicar la manera en que podríamos hacernos fuertes en las montañas, convirtiendo la totalidad del territorio guerrillero en un bastión inexpugnable. A lo largo de sus páginas se le daba mayor importancia a los movimientos que en el terreno que al elemento humano que habría de efectuar todas aquellas piruetas en el espacio. Todavía no entendíamos a cabalidad los nexos que engarzan la economía y la guerra. En esa medida, ésta aparecía en el escrito más como un fruto engendrado por la voluntad que como el estallido fatal, regulado y dirigido por la conciencia, que es en realidad el enfrentamiento violento entre clases sociales antagónicas. Tampoco habíamos logrado desentrañar la doble condición del indígena como explotado y como oprimido, ni la doble aspiración que en consecuencia alberga en su pensamiento. Y, sobre todo, pasábamos por alto que para que la gran máquina de la guerra funcionara, era indispensable montar en su interior el motor decisivo: la organización clandestina. Muchas de estas ideas vinieron a clarificarse durante la Primera Conferencia Guerrillera que realizamos por esos días en las montañas, evento memorable en que le dimos nombre a la organización, definimos sus estructuras e integramos oficialmente el organismo de Dirección Nacional.

²⁰ Del libro *Los días de la selva*. Premio Casa de Las Américas 1980 en la categoría Testimonio. Se publica aquí, por primera vez, un fragmento del mismo.

FOTOGRAFÍAS PROPORCIONADAS POR EL EJERCITO GUERRILLERO DE LOS POBRES (EGP)

